

El mensaje

MARCELA DEL RÍO

No recordar cómo había nacido era para ella más que una tortura, un picor de abeja en el corazón. Estaba ahí de pie, tan lejos de todo, tan sola en su mundo policromo, bajo un cielo siempre azul claro y una tierra nunca húmeda. Estaba ahí plantada como un árbol sin raíces, como un recuerdo que alguien hubiera inventado en su mente, sosteniendo en la mano sedienta de expresar el manantial de deseos y angustias que circulaba por sus venas invisibles ni siquiera imaginadas, la pluma de un ave ignota, tal vez ya muerta y olvidada.

Escribía con el ansia de quien sabe que no habrá otra oportunidad de confesión, que no habrá otro minuto para abrirle la puerta al silencio, a la verdad callada, que lo que no dijera ahora quedaría para siempre sepultado en su memoria o en su olvido, en su eternidad de óleo empedernido. La tinta era río que circulaba por el cauce de sus ilusiones. Pero aquí, allá, una palabra equivocada, la hacía detenerse, retroceder, arrugar el folio y tirarlo por la ventana abierta a otra dimensión. Había que volver a empezar, como siempre en el mundo. Cada minuto era una reiniciación de algo: toda emoción, todo fracaso, todo triunfo, tenía un límite. Había que inventar la vida, día a día, hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo. Inventar el amor, lo mismo que el odio, inventar la memoria, lo mismo que el olvido. Así, borrador tras borrador, caían unos sobre la tierra que la sostenía, otros sobre el pulido suelo que él pisaba, sin que siquiera se dieran cuenta ni una ni el otro del salto dimensional que ocurría bajo sus plantas.

La mano se detiene en un instante, tan eterno como la sombra del ángel del vitral, sobre el bronceado piso de maderas antiguas. Por los nudos del árbol que dejó de ser árbol

para ser suelo firme, vibran aún las notas del violín que dejó también de ser árbol, en un rumor de olas y flotantes palmeras.

Veo mi sombra, desde el vitral que me dibuja, sobre el pulido suelo y revivo el recuerdo del músico guardando el violín en su estuche forrado de fieltro y terciopelo. Imagino lo que ella está escribiendo y me apena el duelo que denuncia su mirada perdida en el vacío.

-Ángel... mira, se va, ha cruzado el umbral, apenas veo ya su sombra alargarse por el suelo confundándose con la tuya...

Veo la sombra alargarse por el dintel del arco que traspone los vivos en su última partida, adivino que al irse ella quedará quieta, enclaustrada en su marco de maderas labradas, en su lienzo de óleo empedernido, en su soledad sin música ni ruido. Mudez, sin palabra ni grito. ¡Me llama! ¡Me llama! Pero ¿qué puedo hacer yo desde un vitral inanimado?

-Soy un ángel pintado, no un ángel verdadero.

-No, tú tienes alas y puedes descifrar el misterio. Llévale este mensaje, antes de que su sombra se escape para siempre de su mundo de realidades vanas. Tú estás allá en el cielo... ¿no es allí adonde van las almas?

-No, yo no estoy en el cielo, ¿no lo ves? Soy un ángel pintado solamente, mira mis brazos, al intentar sacarlos del vitral pierdo el color y la sustancia se diluye. ¡No soy un ángel verdadero!

-Pero tú me dijiste un día que yo tenía un alma, que las cosas también tenían alma...

-Tal vez no todas las cosas tengan alma.

-Pero yo siento el amor, luego... tengo un alma... con sólo verlo y escucharlo, sufro y gozo...

-Tal vez sólo el amor produce un alma...

-Si él se va a ese otro mundo, ignorando la imagen en donde yo palpito, entonces, ¿volveré a ser sólo un remedo de vida dibujada en un lienzo, sin alma ni conciencia?

-No lo sé, sólo soy un ángel pintado en un vitral... no puedo responderte.

-Intenta al menos entregarle el mensaje que le he escrito... Es todo lo que te pido... quiero que él sepa... que conozca mi amor... sólo al ser recordada por él, lograré existir... allá en su mundo...

-Lo intentaré... dame el mensaje... pero te advierto: ¡no creo que exista el cielo!